

de los hermosos caballos, de la comitiva numerosa de los prelados; y describe á la muchedumbre desviándose ante ellos como delante de las fieras. (92)

Estas controversias se repetían en todas partes; pasaban los mares, y agitábanse en las cartas, desde la gruta de Belén hasta Hipona; desde el desierto de la Tebaida hasta Alejandría; desde Antioquía á Constantinopla, y desde Constantinopla hasta Roma. Los ánimos se hallaban conmovidos, á medida que se acercaba la catástrofe; pero por un efecto natural, los que se habían unido á la causa perdida para encumbrarse al poder, no hallaban en ella sino su ruina.

Focio nos ha conservado un fragmento de Damascio, en el cual enumera aquel filósofo los personajes que emprendieron inútilmente resucitar el culto de los Helenos. Nombra á Juliano el primero: Lucio, capitán de guardias en Constantinopla, intentó quitar la vida á Teodosio, para volver á levantar la idolatría; pero no pudo desenvainar la espada, pues le horrorizaron las miradas terribles de una mujer que estaba detrás del emperador y que le ceñía con sus brazos. Marzo é Yilo perdieron la vida en una empresa de la misma naturaleza: Ammonio, después de haber conspirado, se refugió al lado de un obispo: Severiano urdió una nueva trama; pero vendióle Americo, que descubrió el complot á Zenon, emperador de Oriente. (93)

Eugenio, emperador por Arbogastes, colocó la imagen de Hércules en sus banderas, restituyó á los templos sus rentas, y mandó restablecer en Roma el altar de la Victoria. En esta misma Roma, á la que tanto trabajo costaba renunciar al dios Marte, se había divulgado un oráculo: unos versos griegos anunciaban que el Cristianismo duraría trescientos sesenta y cinco años: Jesús no tenía culpa de su culto; mas Pedro versado en las artes mágicas, había logrado conservar por este número fijo de años la religión de Jesucristo (94). Ahora bien, contando desde la resurrección, el período fijado espiraba en el consulado de Honorio, y de Eutiquiano, el año 398 de la era cristiana. Los paganos, llenos de alegría, aguardaban la abolición completa é inmediata de la ley evangélica, y en el mismo año los templos de Africa fueron destruidos ó cerrados por orden de Honorio. (95)

Nació otra esperanza: Radagesio, pagano y bárbaro, asolaba la Italia y amenazaba á Roma. «¿Cómo, decían los piadosos idólatras, hemos de poder resistir á un hombre que ofrece por la tarde y por la mañana víctimas agradables á los dioses que nosotros abandonamos?» (96) Y Radagesio quedó vencido, mientras que Alarico, bárbaro también, pero cristiano, entró en Roma. Eucherio, hijo de Estilicon, era objeto de secretos deseos; profesaba el paganismo.

El mismo Attalo, juguete de los Godos, tuvo partidarios: había distribuido los principales oficios del Estado entre varios politeístas, y Zosimo observa que la familia cristiana de los Anicos era la única que se aflijía al ver el bien público (97). No podía llegar á mas la parcialidad.

En fin, Antemio, uno de los últimos fantasmas de emperador creado por Richomer, hizo palpar por última vez el corazón de los viejos helenistas: inclinábale á los ídolos y había ofrecido á Severo, enteramente entregado al culto antiguo, restituir á la ciudad eterna su primitivo esplendor, y devolvería los dioses autores de su gloria. El papa Hilario destruyó el proyecto, haciendo ofrecer á Antemio que separaría de su lado á ciertos Filotes (98), de la secta de los Macedonianos, que colocaba á Antemio entre el paganismo y la herejía: Alarico y Genserico habían saqueado ya á Roma; y Odoacro rey de Italia, se hallaba á punto de reemplazar al emperador de Occidente.

El paganismo fue á sepultarse en las catacumbas de donde había salido el Cristianismo: aun se encuentran en el día entre las capillas y los sepulcros de los primeros cristianos, los simulacros y los santuarios de los postreros idólatras (99). No solo se conservaron en secreto los restos de la religión griega, sino que dominó públicamente una parte del nuevo culto: quejase de ello San Bonifacio en el siglo viii á la corte de Roma (100):

TERCERA PARTE.

El combate moral é intelectual terminó del mismo modo que el combate político. Después del saqueo de Roma, la idolatría acusó á los fieles de ser la causa de todas las calamidades públicas; acusación que había reproducido con frecuencia, y que resonaba en su hora postrera.—Los cristianos débiles unían su voz á la de los paganos, y decían: «Pedro, Pablo, Lorenzo, están enterrados en Roma, y sin embargo Roma se ve saqueada (1).» Para refutar tan trillado argumento San Agustín compuso su grande obra de la ciudad de Dios. Su objeto, al engrandecer la belleza, la verdad y la santidad del Cristianismo, es probar que los Romanos no debieron su pérdida sino á la corrupción de las costumbres y á la falsedad de la religión: Los persigue con su propia historia en la mano.

«Decís proverbialmente: No llueve, y los cristianos son la causa. ¿Olvidais, pues, las plagas que han asolado el imperio antes que se sometiese á la fe? Confiais en vuestros dioses. ¿cuándo os han protegido? Los Bárbaros, respetando el nombre de Jesucristo, perdonaron á cuantos se habían refugiado en las iglesias de Roma: las guerras de los paganos no ofrecen ni un solo ejemplo de esta naturaleza; nunca los templos salvaron á ninguno de ellos. En tiempo de Mario, el pontífice Mucio-Scévola fue muerto al pie del altar de Vesta, asilo tenido por inviolable, y su sangre casi apagó el fuego sagrado. Roma idólatra ha padecido mas con sus discordias civiles, que Roma cristiana con el hierro de los Godos: Sila hizo morir á senadores que los que ha despojado Alarico.

«La providencia fundó los reinos de la tierra: la grandeza pasada del imperio no debe atribuirse con mas fundamento al poder de los dioses impotentes, que á la influencia quimérica de los astros. La teología natural de la filosofía no puede oponerse á su vez á la teología divina de los cristianos, porque se la engañado con frecuencia. La escuela itálica que fundó Pitágoras, la escuela jónica que Tales instituyó, han incurrido en errores capitales. Tales, aplicado al estudio de la física, tuvo por discípulo á Anaximandro, que instruyó á Anaximeno; éste fue maestro de Anaxágoras, y Anaxágoras de Sócrates, que aplicó toda la filosofía á las costumbres. Platon vino después de Sócrates, y se aproximó en gran manera á las verdades de la fe.

«Pero ¿cómo es que los cristianos, á la vez que pretenden no adorar mas que un solo Dios, levantan templos á los mártires? El hecho no es exacto, nuestro respeto á los sepulcros de los confesores, es un homenaje tributado á los hombres que atestiguaron la verdad hasta la muerte; pero, ¿quién oyó nunca pronunciar á un sacerdote estas palabras celebrando los oficios en el altar de Dios sobre las cenizas de un mártir: Pedro, Pablo ó Cipriano, os ofrezco este sacrificio?

«Los paganos se glorían de los prodigios obrados por su religión: Tarquino cortó una piedra con una navaja de afeitar: una serpiente de Epidauró siguió á Esculapio hasta Roma: una vestal tiró de un barco con su cinturón: otra sacó agua en una criba ¿pue-

den compararse tales maravillas con los milagros que cuenta la Escritura? El Jordan suspendiendo su curso deja pasar á los Hebreos: las murallas de Jericó caen delante del arca santa. ¡Ah! no nos fijemos en la ciudad de la tierra: volvamos nuestros pasos á la ciudad del cielo, que tiene su origen antes de la creación del mundo visible.

«Los ángeles son los primeros habitantes de la ciudad divina; participan del cielo y de la luz, porque en el principio Dios hizo el cielo, y dijo: *Que la luz sea hecha*. Dios no creó sino un solo hombre, y todos estábamos en aquel hombre. Derramó en él una alma dotada de inteligencia y de razón; ya sea que hubiese creado antes esta alma, ó que la infundiese soplando sobre el rostro del hombre, cuyo cuerpo no era sino barro. Dió al hombre una mujer para reproducirse; pero como toda la raza humana debía provenir del hombre, formó á Eva de los huesos, de la carne y de la sangre de Adán.

«El hombre, á quien el Señor había dicho: «el día en que comas la fruta prohibida morirás.» comió la fruta prohibida y murió. La muerte es la pena impuesta al pecado; mas si el pecado se borra con el bautismo, ¿por qué el hombre muere al presente? Muere para que no se destruya la fe, la esperanza y la virtud.

«Dos amores han edificado las dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, ha levantado la ciudad terrestre; el amor de Dios hasta la abnegación de sí mismo, ha edificado la ciudad celeste. Caín, ciudadano de la ciudad terrestre edificó una ciudad; Abel no edificó ninguna, porque era ciudadano de la ciudad celeste, y extranjero en la tierra. Las dos ciudades pueden unirse por el matrimonio de los hijos de los santos con las hijas de los hombres á causa de su hermosura, porque la hermosura es un bien que nos viene de Dios.

«Las dos ciudades se mueven juntamente: la ciudad terrestre, desde el tiempo de Abraham, ha producido los dos grandes imperios de los Asirios y los Romanos: la ciudad celeste llega, por el mismo Abraham, desde David hasta Jesucristo. Han venido cartas de aquella ciudad santa de que al presente estamos desterrados, y estas cartas son las Escrituras. El rey de la ciudad celeste ha descendido en persona á las tierras para enseñarnos el camino y ser nuestro guía.

«El supremo bien es la vida eterna, y no pertenece á este mundo: el mal supremo es la muerte eterna, á la separación de la compañía de Dios. La posesión de las felicidades temporales es una bienaventuranza falsa, una gran enfermedad. El justo vive de la fe.

«Cuando las dos ciudades hayan llegado á su fin por medio de Cristo, habrá suplicios eternos para los pecadores. La pena de muerte en la ley humana no consiste solo en el minuto empleado para la ejecución del criminal, sino en el acto que le priva de la existencia: el Juez eterno excluye al culpable de la eternidad viva, como el juez temporal excluye al culpable del tiempo existente. ¿Puede acaso el Eterno pronunciar sino juicios eternos?

«Por la misma razón, la ventura de los justos no tendrá término. El alma sin embargo no perderá la memoria de los males pasados, sino se acordase de su primitiva miseria, si no conociese siquiera la miseria indestructible de los que hubiesen perecido, ¿cómo cantaría sin fin las misericordias de Dios, según nos lo dice el Salmista? En la ciudad divina se cumplirán aquellas palabras: *Permaneced tranquilos, reconoced que soy Dios*; es decir, que allí se gozará del sábado, de aquel día dilatado y sin noche, en el cual descansaremos en Dios.»

Brilla en esta obra del Platon cristiano la melancolía mas profunda; descúbrese una alma tierna, inquieta, echando menos quizás las ilusiones, y cuyos vagos sentimientos son producidos por un espíritu

abstracto y una imaginación mística. El que joven aun, había confesado con tanto candor, que había pedido la pureza, *pero no demasiado pronto* (2), de haber deseado amar, (3) él que había dicho. «Cuando me hayais conocido tal como soy, rogad por mí:» (4) el padre de Adeodato derrama por las páginas escritas en su vejez ese disgusto de la tierra que es la ventura de los santos y la herencia de los desgraciados. El espectáculo de las calamidades públicas contribuía sin duda á entristecer el genio de Agustín. ¡Qué tiempo para escribir los años que separan á Alarico de Genserico, segundo destructor de Roma y de Cartago, y los que mediaron entre el saqueo de la ciudad eterna por los Godos, y el de Hipona por los Vándalos!

Volusiano, miembro de una familia poderosa de Cartago, había escrito á San Agustín que uno de sus amigos manifestaba deseos de encontrar un cristiano capaz de resolver ciertas dificultades relativas al nuevo culto. San Agustín en su respuesta afable y política, le incluye una especie de compendio de la *Ciudad de Dios*.

El mismo Padre mantiene correspondencia con la población pagana de Madaura. «¡Despertaos, pueblos de Madaura, parientes míos y hermanos míos!...» (5). ¡Pueda el verdadero Dios convertirnos á la fe, y libraros de las vanidades de este mundo! Un obispo, un controvertista ardiente, San Agustín, llama á los idólatras *parientes y hermanos suyos*.

Algunos años antes había tenido también activa correspondencia con Máximo, gramático de la misma ciudad de Madaura, y Máximo le había rogado que dejando aparte su elocuencia, y los sutiles argumentos de Chrisippo, le explicase cual era el Dios de los cristianos. Y ahora, varón excelente (6), que has abandonado mi comisión, esta carta será arrojada al fuego, ó destruida de otra manera. Si sucede así, perderá un pedazo de papel, pero no mi doctrina.... ¡Quieran los dioses conservarte! ¡Los dioses por quienes los pueblos de la tierra adoran de mil modos diferentes en una armonía discorde al Padre comun de los dioses y de los hombres! (7). Ved aquí al pagano que implora á su vez las bendiciones del cielo sobre la cabeza de un cristiano.—Longiniano escribe estas palabras á San Agustín; «Señor y venerado padre: en cuanto al Cristo, en quien crees, y al espíritu de Dios, por quien esperas ir al seno del verdadero, del soberano, del bienaventurado autor de todas las cosas, no me atrevo á expresar lo que pienso; difícil es al hombre definir lo que no entiende; pero eres digno del respecto que profeso á tus virtudes (8).»

San Agustín responde: «Aprecio tu circunspección en no negar ni afirmar cosa alguna tocante á Cristo; es una moderación laudable en un pagano (9).»

El ilustre obispo de Hipona espiró á los setenta y seis años, en su ciudad episcopal sitiada en el pleno ejercicio de los deberes de un pastor valeroso y caritativo. Murió, dice el elegante autor que nunca os cansareis de ver citado, murió con los ojos clavados en esa misma ciudad celeste, cuya maravillosa historia había escrito (10).»

—Pero antes de las cartas referidas de Agustín, encuéntrase quizás un monumento aun mas extraordinario de la tolerancia religiosa entre los entendimientos superiores: son las cartas de San Basilio á Libanio, y de este á aquel. El sofista pagano había sido maestro del doctor cristiano en Constantinopla. «Cuando regresásteis á vuestro país, escribe Libanio á Basilio, me decia á mí mismo: ¿qué hace ahora Basilio? ¿aboga en el foro? ¿enseña la elocuencia? He sabido que habeis seguido mejor camino; que no os habeis ocupado sino en agradecer á Dios, y he enviado vuestra dicha (11).»

Basilio envía jóvenes capadocios á la escuela de Libanio sin temor de infestarlos con el veneno de la ido-

latria. Bastará, le dice, que antes de la edad de la experiencia se cuenten estos jóvenes en el número de vuestros discípulos (12).—¡Basilio es mi amigo! exclama Libanio en otra carta; Basilio es mi vencedor, y siéntome por ello arrebatado de alegría (13).—Poseo vuestra arenga, dice Basilio, y la he admirado: ¡oh musas! ¡oh Atenas! ¡cuantas cosas enseñáis á vuestros discípulos (14)!»

¿Es este el enemigo de Juliano, el amigo de Gregorio Nazianceno, el fundador de la vida cenobítica? ¿Es aquel el ardiente sectario de Juliano, el violento adversario de los frailes, el orador que defendía los templos? ¿son á la verdad estos hombres los que tienen semejante comercio de cartas?

Sinesio, de la colonia lacedemonia fundada en Africa, en la Cirenaica, descendía de Euristenes, primer

rey de Esparta, de la raza dórica, era filósofo; y como San Agustín en su juventud, dividía el tiempo entre la lectura y la caza. El pueblo de Tolemaida, en Libia, le pidió por obispo. Sinesio declaró que no se reconocía con la pureza de costumbre necesaria para tan santo estado: que Dios le había dado una esposa á quien no quería abandonar, ni visitarla furtivamente como un adúltero, y que deseaba tener muchos hijos bellos y virtuosos. Añadió: «Nunca diré que el alma haya sido creada despues del cuerpo: nunca creeré que el mundo ha de ser destruido en todo ó parte: la resurrección me parece una cosa muy misteriosa, y no me sujeto á las opiniones del vulgo (15).» Dejóle su esposa y sus opiniones, y le nombraron obispo. Cuando se hubo ordenado, no pudo en siete meses resolverse á vivir en medio de su rebaño; pen-



JULIANO Y CRISANTO.—Y APARECIERON ESPECTROS DE FUEGO.

saba que su cargo era incompatible con su filosofía, y quería expatriarse y pasar á Grecia (16). Dejaronle su filosofía, y permaneció en Tolemaida.

Sinesio había sido discípulo de Hipatia, en Alejandria, y las cartas que escribía tenían este sobrescrito. «A la filósofa: á la filósofa Hipatia (17).» Era una de ellas (y era ya obispo) la llama su madre, su hermana, su amada (18): dícele que tiene un alma muy divina (19); y felicita á Herculiano por haberle hecho conocer á aquella mujer extraordinaria que revelaba los misterios de la verdadera filosofía (20). Estas relaciones pacíficas se mantenían en un rincón del mundo el año 410 de J. C. el año mismo en que Alarico entró en la ciudad eterna. Cinco años antes los Macetas y otros pueblos bárbaros habían sitiado á Cirena (21). La mano de Dios se mostraba en la nube y bajo su peso abismábanse los siglos, los imperios y los monumentos, y los hombres seguían el curso or-

diario de su destino: en aquel tiempo abundaba la vida, porque abundaba también la muerte.

Hasta los mismos poetas gemían en ambos cultos por no poder cantar en las mismas fuentes, y sobre las mismas montañas. Ausonio, de la religión de Homero, escribe á Paulino, de la religión de Cristo: «¡Musas, divinidades de la Grecia, escuchad mis ruegos, restituíd un poeta á las musas del Lacio!» El poeta de la cruz responde: «¿Por qué llamas en mi auxilio á unas musas que he repudiado? Un Dios mas grande subyuga mi alma... Nada te arrancará de mi memoria... Mi alma no puede olvidarte porque no puede morir (22)...»

El tiempo, como podeis observar, había gastado la violencia de los partidos: los hombres superiores, cuando ha pasado el momento de la acción, no tardan en entenderse: existe entre tales hombres una paz natural que podría llamarse la paz de los talentos,

parecida á esa paz de Dios, que una religión comun establecía entre los valerosos y los fuertes. Así á fines del siglo iv, y en los dos siglos siguientes, es visible la tendencia que muestran en unirse los filósofos de ambas religiones: el odio había desaparecido, y tan solo quedaba el sentimiento. Las disputas no existían ya sino entre los cristianos de diferentes sectas.

Sin embargo, algunos caracteres rígidos, instruidos en la ruda enseñanza apostólica, desaprobaban tanta blandura; condenaban á los oradores y á los poetas, y menospreciaban la delicadeza del lenguaje. San Jerónimo confiesa con lágrimas en los ojos su inclinación á los autores profanos, y expía de antemano con el ayuno, las vigiliyas y la oración, la lectura que va á emprender de Ciceron y de Platon. Rufino acusa á Gerónimo de un crimen enorme: de haber ocupado á varios religiosos del monte de los olivos en copiar los diálogos de Ciceron, y de haber explicado Virgilio á los niños cristianos en su cueva de Belen.

Los filósofos, despues del reinado de Juliano, habían cesado de distinguirse de la muchedumbre en el traje y las costumbres; pero la profesión de las doctrinas, y la sucesión de los maestros, se prolongaron mucho mas allá del reinado de Apóstata. En los siglos v y vi, los paganos ocupaban todavía las cátedras públicas en Atenas (23): Siranio fue el predecesor de Proclo, que trasmitió el doctorado á Marino, convertido del judaismo samaritano al helenismo. Proclo era autor de un doble comentario de Homero y de Hesiodo, de dos libros de teurgia, de cuatro libros sobre la República de Platon, de diez libros sobre los oráculos, de otros muchos tratados, y de diez y ocho argumentos contra los cristianos, refutados por Filopón (24). Marino nos ha dejado la biografía de su maestro: entonces un santo escribía la vida de otro santo, un filósofo la de otro filósofo; así se dividían la gloria del cie'o y la de la tierra.

Marino atribuye á Proclo una virtud sobrenatural de beneficencia: cuenta como prueba de ello la curación milagrosa de la jóven Asclepigenia, hija de Arquias y de Plutarca. Observa que la casa de Proclo estaba inmediata al templo de Esculapio; porque Atenas, dice, era aun bastante venturosa en conservar entero el templo del Salvador. Platon era pobre (Marino es el que habla): no poseía mas que un jardín en el recinto de la Academia, y una renta que equivalía al valor de tres piezas de oro; pero en tiempo de Proclo la renta de la Academia ascendía á mas de mil (25).

Marino nos señala también la época cierta de la pérdida de la famosa estatua de Fidias, la Minerva del Partenon; habiéndose librado de las rapiñas de los Godos, no escapó de las de los cristianos. «Minerva, dice, manifestó el mucho afecto que profesaba á Proclo cuando la estatua de esta diosa, que hasta entonces había permanecido en el Partenon, fue arrebatada por los que tocan á las cosas que no deberian ser tocadas. Cuando Minerva, pues, fue echada de su templo, una mujer de perfecta hermosura se apareció en sueños á Proclo y le mandó adornar sus hogares, diciéndole: «Minerva quiere habitar y dormir contigo (26).»

Marino coloca la muerte de Proclo en el año 424, contando de la muerte de Juliano (27), que era una era usada por el pesar y el agradecimiento filosófico. Los cristianos contaban también desde la época de los mártires.

Mas tarde todavía, hácia el año 550, encontramos á Damascio el Estóico, unido en amistad con Simplicio y Euliano. La aventura de estos últimos filósofos del mundo romano, merece ser referida.

Damascio de Syria, Simplicio de Sicilia, Euliano de Frigia, Ermas y Diógenes de Fenicia, é Isidoro de Gaza, agobiados con el triunfo de la cruz, resolvieron expatriarse é ir á vivir entre los Persas. Cuando hubieron llegado á la comarca de los Magos, vieron que el rey no era filósofo, que los nobles estaban llenos de

orgullo, y que el pueblo, astuto y ladrón, no valía mas que el pueblo romano. Escandalizóles principalmente el espectáculo de la poligamia, impotente también para precaver el adulterio, arrepiñieron entonces y desearon volver á entrar en su país. Cosroes, que negociaba entonces un tratado con la corte de Constantinopla, hizo insertar en él generosamente una cláusula en favor de tales huéspedes; y no los molestaron á su regreso, gozando pacíficamente en sus hogares de la libertad de conciencia (28).

En esta agonía de una sociedad próxima á espirar, la semejanza del lenguaje, de ideas y costumbres, era casi complera entre los hombres superiores de ambas religiones: los mismos principios de moral: las mismas expresiones de *salvación*, de gracia divina; las mismas invocaciones al Dios único, eterno, al Dios Salvador. Cuando leemos á Sinesio y á Marino, á Fulgencio y á Damascio, y á los demás escritores religiosos y morales de aquella época, cuesta trabajo determinar la creencia á que pertenecen, si los unos no se apoyaran en la autoridad homérica, y los otros en la autoridad bíblica.

Boecio en el Occidente, Simplicio en el Oriente, terminaron esta serie de buenos ingenios, que se habían colocado entre el cielo y la tierra: vieron apoderarse la soledad de las escuelas en que se había alimentado el Cristianismo, y de las que desterró al auditorio; y cerraron con honor las puertas del Liceo y de la Academia de los sabios. Justiniano suprimió las escuelas de Atenas cuarenta y cuatro años despues de la muerte de Proclo (29). Boecio, cristiano y perseguido, era filósofo: Simplicio, filósofo y feliz, tenía el carácter de un cristiano. «¡Oh Señor! (dice en la súplica que termina su comentario del *Enchiridion* de Epitecto). ¡Oh Señor, padre, autor y guia de nuestra razón, concédenos no olvidar nunca la dignidad con que decoraste nuestra naturaleza! ¡Haz que oremos como seres libres; que purificados de toda pasión desordenada, sepámos si se sublevan, combatir las y gobernarlas! ¡Que nuestro juicio, guiado por la luz de la verdad, nos incline á las cosas verdaderamente buenas! Yo te suplico ¡Oh Salvador mio! que disipes las tinieblas que cubren los ojos de nuestras almas, á fin de que podamos, como dice Homero, distinguir al hombre y á Dios.»

Boecio, encerrado en un calabozo en Ticino (Pavía), se queja de la mudanza de su fortuna y de los infortunios de su vejez, y rodándole las musas vestidas de luto. De repente se le aparece una mujer magestuosa, cuyas miradas son penetrantes y brillante el color: es jóven y sin embargo se conoce que su nacimiento ha precedido al de los hombres del siglo; tan pronto parece no exceder la estatura comun, como su frente toca á las nubes y se oculta á las miradas de los mortales. Su ropaje es de una tela de materia incorruptible, y suaviza ligeramente el esplendor de esta ropa una especie de tinta semejante á la que comunica el tiempo á los cuadros antiguos. Esta mujer ostenta un libro en la mano derecha y un cetro en la izquierda. Al punto que descubrió á las musas dictando versos al dolor de Boecio, despidió á aquellas cortesanas, que lejos de cerrar las heridas, las mantenían abiertas con un veneno sutil. En seguida se sentó en el lecho del prisionero, y le dirigió estas palabras. «¿Eres tu el que he alimentado yo con mi leche y educado con tan tierno afán? ¡Tú, cuyo espíritu y corazón había fortalecido, te habrás dejado vencer por la adversidad? ¿Me conoces? ¡Guardas silencio!» La divinidad enjuga con su ropaje las lágrimas que manan de los ojos de Boecio: al punto reconoce á la madre fecunda de las virtudes, á su celeste amiga, á la Filosofía. Da las últimas lecciones á su discípulo, repitiéndole que el soberano bien solo se encuentra en Dios; y á semejanza de Simplicio, la Filosofía, ó por mejor decir Boecio, exclama: «¡Ser infinito! ¡manantial de todos los bie-

nes! ¡Dios salvador! ¡Elevad vuestras almas hasta la altura en que habitais! ¡derramad sobre nosotros esa luz que puede dar solo á nuestros ojos la fuerza para contemplarlos!»

¿Hay cosa mas hermosa y al propio tiempo mas semejante que estos últimos acentos de Simplicio y de Boecio? En esta época el Cristianismo era filosófico; retrocedió y se hizo monacal por la ignorancia y las desgracias derramadas por la tierra, que es precisamente lo que constituyó su fuerza. El tiempo de la barbarie incubó los gérmenes de la sociedad moderna, y su incubacion tuvo una energía prodigiosa. El Cristianismo, filosófico antes de tiempo por consecuencia de una civilizacion vieja que no era hija suya, hubiérase gastado: era preciso que atravesase siglos de tinieblas, que produjese por sí mismo la civilizacion nueva para llegar á su edad filosófica natural, edad á que llega en el día.

Entre Platon y San Agustín, entre Sócrates y Boecio, medió uno de los mas grandes períodos de la historia del espíritu humano. Los maestros de la sabiduría pagana entregaron al retirarse el punzon y las tablillas á los maestros de la ciencia evangélica. El principio de la filosofía no pereció, porque ningun principio se destruye, porque la filosofía es á la vez la lengua del entendimiento, y la religion elevada en que habita el alma separada de su cubierta. La teología se sentó en los bancos que abandonaba la filosofía y la continuó. Los sistemas de Aristóteles y de Platon, la forma y la idea, dividieron siempre las inteligencias hasta el tiempo en que las obras del Estagirita, traídas á Europa por los árabes, renovaron la doctrina de los peripatéticos y produjeron la escolástica. El vástago mas fecundo del Cristianismo, la herejía, que no cesó de brotar con vigor, reprodujo por su parte el fruto filosófico, á cuyo germen debía la vida.

Al leer el relato de la expoliacion de los templos en el reinado de Teodosio, habeis creído que concurríais á la destruccion de las iglesias, perpetrada en nuestros dias. Mas la ruina de nuestras iglesias no ha ocasionado la caída de la religion de Jesucristo, mientras que la religion de Júpiter, arruinada entonces, desapareció con sus templos. La verdad no está unida á una piedra; subsiste independientemente del altar; y el error no puede existir sino sepultado en las tinieblas de un santuario. El Cristianismo, en tiempo de Teodosio y de sus hijos, se hallaba próximo á reemplazar al paganismo; el Cristianismo no tiene heredero en nuestro siglo. ¿Qué podría darnos la filosofía humana que se presentara para ser la sucesora de la fe, del mismo modo que intentó ocupar el lugar de la idolatría? ¿La teurgia? ¿Quién la admitiría? Y esta teurgia ¿qué ocultaría bajo su velo sino esas mismas verdades de esencia divina que la enseñanza pública de la Iglesia ha puesto al alcance del vulgo? Los misterios de las iniciaciones son reveladas á la muchedumbre en el símbolo que repite en el día el hijo del pueblo.

Si imaginásemos establecer una cosa distinta de las verdades recibidas de la fe, el panteísmo, por ejemplo, ¿lo conseguiríamos? El Cristianismo es la síntesis de la idea religiosa, y ha reunido sus rayos; el panteísmo es el análisis de la misma idea, y dispersa sus elementos. ¿Tendrá cada uno en sus hogares una pequeña fraccion de la verdad divina que convertirá en un dios para su consumo particular? ¿Resucitarían acaso los penates, los ídolos, los genios? ¿Volvería otra vez la idolatría por este camino á falsear la sociedad? ¿Habría tantos altares como familias? ¿tantos sacerdotes como ceremonias? ¿tantos ritos como imaginaciones existieran para inventarlos? ¿La pluralidad de las religiones privadas podría acaso reemplazar á la unidad de la religion pública? ¿Produciría el mismo efecto sobre el hombre? ¿Qué caos sería el movimiento y el ejercicio de tantos cultos infinitos y

diversos! Revivirían todas las extravagancias y los desórdenes del entendimiento y de las costumbres que desacreditaron las sectas filosóficas y las herejías, y renacerían todas las aberraciones sobre la naturaleza de Dios. ¿Quién es Dios? ¿Es eterno? ¿Ha creado la materia? ¿Existe Dios aparte y cerca de ella? ¿Hay algun manantial de donde nacen y dónde vuelven á entrar las inteligencias? ¿La misma materia existe? ¿El universo existe en nosotros ó fuera de nosotros? ¿El espíritu es efecto ó causa? ¿Llegaremos al extremo de suponer en un nuevo sistema, que Dios no es aun perfecto, que se forma cada día por la reunion de las almas desprendidas de los cuerpos, de suerte que no sea ya Dios quien haya formado al hombre, sino que sean los hombres los criadores de Dios? ¿Y cómo revestiréis de una forma sagrada que reemplace la forma cristiana, esas alegorías, esos mitos, esos ensueños, esos vapores de los entendimientos defectuosos, nebulosos y vagos, que buscan la religion y que no la quieren? El misticismo, el eclecticismo ó la eleccion de las verdades en cada sistema, ¿pueden convertirse en culto? ¿Son evidentes estas verdades? ¿Y todos los entendimientos se conforman con las mismas abstracciones metafísicas?

En fin, todo sistema filosófico al implantarse en las ruinas del Cristianismo, no tendría yo por vehículo popular el medio que en otro tiempo se encontró: la predicacion de la moral universal. El Evangelio tuvo que desarrollar esos grandes principios de libertad y de igualdad, que descubiertos por algunos ingenios privilegiados, estaban ignorados por las naciones, y combatidos por las leyes. En la actualidad se ha realizado la obra: la filosofía puede proponer reformas; pero no tiene nada nuevo que enseñar. ¿Cómo pues sin el recurso del establecimiento de una moral, determinaréis á los hombres, á que truequen los misterios tan difíciles de entender?

Siendo imposible todo esto, no descubriremos realmente detrás del Cristianismo mas que la sociedad material: sociedad bien ordenada, bien arreglada, hasta cierto punto exenta de crímenes; pero tambien muy limitada, animada y circunscrita á los sentidos cultos y embrutecidos. Cuando en la sociedad material se elevasen los descubrimientos físicos y las invenciones de las máquinas hasta los milagros, esto no produciría sino el género de perfeccion de que es susceptible la máquina misma. El hombre, privado de sus facultades divinas, es pobre y triste: pierde la mas rica mitad de su ser, y concretado á su cuerpo, al que no puede rejuvenecer ni dar vida, se degrada en la escala de la inteligencia. Nos convertiríamos por falta de religion en una especie de indios ó de chinos. La China y la India, la una por el materialismo y la otra por una filosofía petrificada, son verdaderas naciones mómias: sentadas hace miles de siglos, han perdido el uso del movimiento y la facultad de progresion, semejantes á esos ídolos mudos y acurruados, á esas esfinges recostadas y silenciosas, que guardan todavía el desierto en la Tebaida.

Religiosamente hablando, nos vemos obligados á deducir de estas investigaciones imparciales, que nada existe despues del Cristianismo.

Pero si el Cristianismo cae como todas las instituciones que el hombre ha tocado, comunicándolas la debilidad de su naturaleza; si el tiempo de esta religion ha espirado ¿qué hemos de hacer? El mal no tiene remedio: no lo pienso así. El Cristianismo intelectual, filosófico y moral, tiene sus raíces en el cielo, y no puede perecer: en cuanto á sus relaciones con la tierra, solo aguarda un grande ingenio para renovarse. Conócese perfectamente en el día la posibilidad de la fusion de las diversas sectas en la unidad católica; pero la condicion primordial para llegar á la recomposicion de la unidad es la emanci-

pacion de los cultos. Mientras la religion católica sea una religion pagada, dependiente de la autoridad política y de la forma variable de los gobiernos; mientras continúe viéndose atada en sus movimientos, en su reuniones particulares y generales, contaminada en sus cátedras y escuelas por el dinero del erario; en una palabra, mientras no vuelva al pié y á la libertad de la cruz, se consumirá de generada.

Si hubiésemos desarrollado lentamente en el órden cronológico de la narracion el cuadro de la caída del politeísmo y de la destruccion de las escuelas filosóficas, no hubiéramos podido distinguirlo bien: el triunfo completo de la religion cristiana en el reinado de Teodosio, señalaba el lugar en que debía exponerse este cuadro. Volvamos á tomar el hilo de los hechos políticos y militares.

ESTUDIO CUARTO.

PRIMERA PARTE

DESDE ARCADIO Y HONORIO HASTA TEODOSIO II Y VALENTINIANO III.

TRES meses tan solo sobrevivió Teodosio * á la victoria conseguida sobre Eugenio: murió en Milan y su cuerpo fue trasladado á Constantinopla. Dejó dos hijos, Arcadio y Honorio: Arcadio había sido declarado Augusto por su padre en el año quinto del reinado de este. Honorio fue revestido de la misma dignidad despues de la muerte de Valentiniano II, y cuando Teodosio se preparaba á marchar contra Eugenio. Arcadio heredó el imperio de Oriente, Honorio el de Occidente; Arcadio se sepultó en el palacio de Constantinopla, Honorio entre las murallas de Rávena. Era Arcadio pequeño de cuerpo, contrahecho, feo, muy moreno é ignorante: tenia los ojos medio cerrados como la serpiente (1). La holgazanería y la ligereza caracterizaban á Honorio (2). Rufino tomó á su cargo el engañar y envilecer á los dos emperadores, y Estilicon, venderlos y defenderlos. Sufría Arcadio el yugo de los eunucos y de su mujer; y Honorio erriaba una gallina llamada *Roma*, mientras Alarico tomaba la ciudad de Rómulo.

Rufino fue ministro de Arcadio, y Estilicon de Honorio: originario el primero de Causa, en las Galias, había conseguido en el reinado de Teodosio, que le favoreció demasiado, los cargos de mayordomo mayor de palacio, de cónsul y de prefecto del pretorio. Tacháronle de ambicioso, de pérfido, de cruel, y principalmente de avaro, Claudio, Suidas, Zosimo, Orosio, San Jerónimo, y Simmaco (3), quien alabando á todo el mundo, á nadie alababa, segun se ha observado.

Reconocido Rufino por prefecto de Oriente, y aspirando en secreto al imperio, tenia una hija á quien pretendía casar con Arcadio. Eutropo, el eunuco, frustró este proyecto, y Arcadio elevó al tálamo imperial á Eudósia, célebre por sus cuestiones con San Juan Crisóstomo: era hija de Bauton, valeroso jefe de los Francos, y entonces conde y general romano. Gobernaba el Occidente Estilicon en el reinado de Honorio: era un famoso capitán, de origen vándalo (4). Estaba casado con Serena, sobrina de Teodosio, y esta alianza llenaba de orgullo el corazón del semi-bárbaro (5). Pretendía que su tío Teodosio le había confiado la tutela de sus dos hijos, y sufría

* ARCADIO, HONORIO, EMPER.; SIRICIO, ANASTASIO I, INOCENCIO I, PAPAS. DE 393-408.

con impaciencia la autoridad que gozaba Rufino en Oriente.

Este último, defraudado en sus proyectos por el matrimonio de Eudósia, y temiendo las maquinaciones de Estilicon que levantaba ejércitos, ensañó los bárbaros contra el imperio, incitó á los Hunos á precipitarse sobre el Asia, y entregó la Europa á los Godos (6). Alarico mandaba á los últimos.

Había nacido Alarico en la isla de Peuce, situada en la embocadura del Danubio, en el seno mismo de la barbarie. Claudiano llamó poéticamente al Danubio el dios paternal de Alarico. Era este uno de los cinco ó seis hombres milenarios ó fásticos, y no pertenecía á la familia de los *Amalaricos*, la primera entre los Godos, sino á la segunda que era la de los *Balthos*. Su arrojo le había granjeado entre sus compatriotas el sobrenombre de Balto, que significa el osado ó el valiente.

Jóven aun Alarico, había pasado el Danubio en 376 con los Visogodos cuando estos huían delante de los Hunos. Habíase encontrado en los combates que precedieron y causaron la derrota y muerte de Valente (7). Negoció la paz con Teodosio, y le siguió en calidad de aliado en su expedicion contra Eugenio.

Rufino fué á desenterrar, para vengar su querrela doméstica, al hombre á quien Dios había destinado para vengar la querrela del mundo. A fin de que el godo no encontrase óbáculo alguno, destacó el favorito de Arcadio dos traidores, Antioco y Geroncio, el uno á custodiar el paso de las Termópilas, y el otro el istmo de Corinto (8): estos dos porteros de la Grecia debían franquear sus puertas á los Bárbaros.

Fingiendo pues Alarico cierto descontento de la corte de Arcadio, merodeó todo el país entre el mar Adriático y el Ponto-Euxino. Los Godos llevaban en su compañía algunas tropas de Hunos, que en el invierno anterior habían pasado el Danubio por encima del hielo. Los Bárbaros continuaron su saqueo hasta el pié mismo de las murallas de Constantinopla, de donde salió Rufino en traje godo, á parlamentar con ellos (9).

Estilicon, bajo el pretexto de socorrer al Oriente, se puso en marcha con el ejército que Teodosio había empleado contra Eugenio.

Entonces llegó una órden de Arcadio reclamando á Estilicon el ejército de Teodosio, y prohibiéndole pasar adelante: Estilicon obedeció, entregando el mando á Gainas, capitán godo que servía á sus órdenes, y á quien encargó en secreto que matara á Rufino; empresa en que no dejó de ayudarle el eunuco Eutropo (10).

Lisonjébase Rufino de ser proclamado emperador por los soldados que le llevaban otra púrpura; corrió con Arcadio á su encuentro: mandó Gainas que le cercasen é inmediatamente le hizo asesinar á los piés de Arcadio. Llevaron su cabeza separada del cuerpo á Constantinopla en la punta de una pica, y la pasaron por las calles; su mano derecha cortada acompañaba á la cabeza, y presentábanla de puerta en puerta (11). Un guijarro metido en la boca del muerto la sostenía abierta, y suponían que sus labios entreabiertos pedían la limosna que aguardaba la mano (12): sátira popular horrorosamente enérgica contra la exaccion y el poder. Ninguna utilidad reportó la mudanza del ministro: Eutropo ocupó el lugar de Rufino.

Alarico y sus Godos, no teniendo ya nada que robar ni qué combatir, pasaron el desfiladero de las Termópilas, defendido tan solo por la tumba de Leonidas. Los pastores enseñaron á los Persas el camino del monte; las *Ropas-negras* (que en el lenguaje de Eunapo significa los monges) lo descubrieron á los Godos (13). ¡Qué variacion tan prodigiosa en los tiempos! ¡Qué revolucion entre los hombres!